

**MIÉRCOLES DE CENIZA (A)**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**5 de febrero de 2008**  
**Sal 50, 3-5.12-14.17**

*Yo reconozco mi culpa. Oh Dios, crea en mí un corazón puro.* Estas palabras del salmo responsorial, hermanas y hermanos, resumen exactamente el doble sentido de nuestra liturgia que ahora celebramos, del miércoles de ceniza que vivimos y de la cuaresma que iniciamos. Por una parte, expresándolas, reconocemos todas las negligencias de nuestra vida, con su dimensión de infidelidad y de pecado contra Dios. Y, por otra parte, apelamos al amor de Dios, desde la convicción profunda de que sólo su gracia puede ayudar a nuestra debilidad y crear en nosotros un *corazón puro*. Se trata, por decirlo en pocas palabras, de reconocer nuestro pecado y de invocar la misericordia de Dios. El pecado es un acto personal contra Dios, contra su amor, no una mera violación de una norma. Es hacer *lo que es malo a los ojos* de Dios, y al mismo tiempo, lo que es negativo para nosotros mismos, porque el pecado no deja que se despliegue con toda la riqueza nuestra personalidad de seres humanos llamados a la trascendencia, a la amistad divina. Reconocer el propio pecado es reconocer que Dios es *justo* cuando da *la sentencia* contra nuestra culpa. Reconocer el propio pecado es reconocer la justicia, la inocencia y la santidad de Dios. Pero, al mismo tiempo, es también reconocer en profundidad nuestra fragilidad, nuestra condición pecadora, nuestra injusticia.

*Yo reconozco mi culpa. Oh Dios, crea en mí un corazón puro.* Este acto de sinceridad que nos hace reconocer pecadores no disminuye nuestra personalidad; al contrario, la enriquece, porque nos acerca a Dios y nos predispone a su gracia, desde el momento en que su justicia condena el pecado, pero quiere la salvación del pecador porque ama entrañablemente. Por eso, con su perdón nos purifica el corazón y va realizando en nuestro interior una nueva creación.

El salmo "Miserere" -un fragmento del cual hemos cantado después de la primera lectura- habla, tal como decía, del *corazón puro* que Dios crea cuando nos arrepentimos y le pedimos perdón por no haber correspondido a su amor. Este *corazón puro* es renovado cuando Dios *hace renacer* en nuestro interior un *espíritu* nuevo. El salmo distingue tres características y por eso habla de *un espíritu firme*, de *un espíritu santo* y de *un espíritu magnánimo*. *Firme*, para que el don de Dios sostenga una y otra vez nuestra debilidad y nos preserve del mal; *santo*, para que renueve nuestra santidad bautismal y nos permita estar en la presencia de Dios, ahora bajo el velo de la fe, y después en la visión cara a cara. Y todavía *un espíritu magnánimo* que nos haga vivir con el corazón ensanchado mientras corremos por el camino de los mandamientos de Dios (cf. RB, Prólogo, 49) y nos haga comprensivos y acogedores de los otros, particularmente cuando sucumben a sus debilidades y al pecado. Y *espíritu magnánimo*, también, para que al constar nuestra precariedad y la dificultad para vivir en plenitud de corazón los mandamientos evangélicos, no desesperamos "nunca de la misericordia de Dios" (cf. RB 4, 74).

Este *espíritu* que Dios nos otorga cuando le pedimos perdón, reconstruye nuestro yo más profundo y nos hace experimentar la alegría de la reconciliación, nos devuelve el *gozo de la salvación* al término de nuestro itinerario penitencial. Y nos abre *los labios* para proclamar la *alabanza* divina. Perdonados y liberados, le ofrecemos nuestra acción de gracias. La acogida del perdón nos re-crea, nos restaura, nos restituye a nuestra dignidad de persona y de hijos de Dios.

Ahora, monjes, escolanes y peregrinos, nos acercaremos a recibir la ceniza como

expresión del reconocimiento de nuestras faltas y de la voluntad de enmendarnos en esta cuaresma. Nos acercaremos, también, siendo solidarios del pecado del mundo; un pecado que va contra Dios, contra los hombres y mujeres creados a imagen de él y que son víctimas de tantas formas de violencia y de negación de sus derechos; que va contra la naturaleza, creada por Dios, y que no es respetada en detrimento de los equilibrios naturales y del ser humano mismo. Nos acercaremos a recibir la ceniza conscientes, también, de nuestro pecado contra la Iglesia, la esposa amada de Jesucristo, que es una, santa, católica y apostólica, pero que sus miembros de la tierra a menudo la hacemos menos creíble y no somos transparencia de su unidad, ni de su santidad.

*Yo reconozco mi culpa. Oh Dios, crea en mí un corazón puro.* Digámoslo con la humildad y la autenticidad que nos pedía el evangelio de hoy; no vayamos a recibir la ceniza delante de la gente para que lo vean, sino con sinceridad de corazón. Si lo hacemos públicamente es para reconocernos pecadores y necesitados del perdón también ante los otros miembros de la comunidad cristiana de manera que nadie se pueda creer superior a los otros. Recibiéndola públicamente, además, damos testimonio los unos a los otros de nuestra voluntad de conversión. Si nuestro gesto de arrepentimiento es sincero, podremos obtener la misericordia de Dios y él nos dará la salvación. Perdón y salvación que son fruto del misterio pascual de Jesucristo que, desde hoy, nos preparamos a revivir en los días santos de Pascua; misterio, sin embargo, que ya es contenido en la celebración de la Eucaristía.

*Yo reconozco mi culpa. Oh Dios, crea en mí un corazón puro.*